

Retrato escrito de José Artigas

(Por Dámaso Antonio Larrañaga en su viaje a Paysandú en 1815)

Durante el invierno de 1815, en los primeros días de junio, un intelectual nacido y criado en Montevideo, cruza el país en un carruaje tirado por mulas y a lo largo de dos semanas de marcha ininterrumpida, llega a Paysandú.

En ese momento Paysandú era la capital de un extraño país en vías de formación, cuyo inmenso territorio abarcaba el Uruguay actual, las Misiones Orientales -que ahora son parte del Brasil- y las provincias argentinas de Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba, Corrientes y Misiones.

El escritor que viaja para entrevistarse con el jefe de la Liga de los Pueblos Libres, es un hombre de poco más de cuarenta años y su nombre Dámaso Antonio Larrañaga. Bajo la forma de un diario, Larrañaga compone una excelente narración con el material de su travesía y así describe un país casi salvaje y extraño.

Retrata por fin, como nadie lo ha hecho, al propio jefe de los Orientales y de la Liga Federal, a Don José Gervasio Artigas.

Junio 12 de 1815.

Paysandú es un pueblo de indios que está sobre la costa oriental del Uruguay

Se puede regular su población de veinticinco vecinos, la mayor parte de indios cristianizados; sus casas, a excepción de cinco o seis, todas son de paja.

La Iglesia no se distingue de los demás ranchos, sino por ser mayor que tiene colocada una efigie de María Santísima que me parecía obra de los Indios de Misiones, y en cuyas facciones se dejaba traslucir bastante el carácter de esta nación.

La Iglesia es sumamente pobre y en el día está en la mayor indigencia, falta de todo

Aunque es un pueblo tan infeliz, tiene el honor de ser interinamente la Capital de los Orientales, por hallarse en ella su Jefe y toda la plana mayor, con los Diputados de los demás pueblos.

Nuestro alojamiento fue la habitación del General (*Artigas*). Esta se componía de dos piezas de azotea, con otro rancho contiguo que servía de cocina. Sus muebles se reducían a una petaca de cuero y unos catres sin colchón que servían de cama y de sofá al mismo tiempo.

En cada una de las piezas había una mesa ordinaria como las que se estilan en el campo, una para escribir y otra para comer; me parece que había también un

banco y unas tres sillas muy pobres. Todo daba indicio de un verdadero espartanismo.

Fuimos recibidos por D. Miguel Manuel Francisco Barreiro, joven de veinticinco años, pariente y Secretario del General, y que ha participado de todos sus trabajos y privaciones, es menudo y débil de complexión, tiene un talento extraordinario, es afuente en su conversación y su semblante es cogitabundo, carácter que no desmienten sus escritos en las largas contestaciones, principalmente con el gobierno de Buenos Aires, como es bien notorio.

(Barreiro nació en 1770 y murió en 1847. Acompañó a Artigas en el Éxodo y en el sitio de Montevideo. Sustituyó a Otorgués como Gobernador de Montevideo el 29 de agosto de 1815)

A las cuatro de la tarde llegó el General, el Sr. D. José Artigas, acompañado de un Ayudante y una pequeña escolta.

Nos recibió sin la menor etiqueta. En nada parecía un general, su traje era de paisano, y muy sencillo, pantalón y chaqueta azul sin vivos ni vueltas, zapato y media blanca de algodón; sombrero redondo con forro blanco, y un capote de bayetón eran todas sus galas, y aun todo esto pobre y viejo.

Es un hombre de una estatura regular y robusta, de color bastante blanco, de muy buenas facciones, con la nariz aguileña; pelo negro y con pocas canas; aparenta tener unos cuarenta y ocho años. *(Artigas nació el 19 de junio de 1764, tenía 51 años)*

Su conversación tiene atractivo, habla quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo con largos razonamientos, pues reduce la dificultad a pocas palabras, y lleno de mucha experiencia tiene una previsión y un tino extraordinario.

Conoce mucho el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos, y así no hay quien le gane en el arte de manejarlos. Todos le rodean y todos le siguen con amor, no obstante viven desnudos y llenos de miserias a su lado, no por falta de recursos sino por no oprimir a los pueblos con contribuciones, prefiriendo dejar el mando al ver que no se cumplían sus disposiciones en esta parte y que ha sido uno de los principales motivos de nuestra misión.

Nuestras sesiones duraron hasta la hora de la cena. Esta fue al tren y boato de nuestro General; un poco de asado de vaca, caldo, un guiso de carne, pan ordinario y vino, servido en una taza por falta de vasos de vidrio; cuatro cucharas de hierro estañado, sin tenedores ni cuchillos, sino los que cada uno traía, dos o tres platos de loza, una fuente de peltre cuyos bordes estaban despegados; por asiento tres sillas y la petaca, quedando los demás a pie.

Véase aquí en lo que consistió el servicio de nuestra mesa cubierta de unos manteles de algodón de Misiones pero sin servilletas, y aún según supe, mucho de esto era prestado.

Acabada la cena nos fuimos a dormir y me cede el General, no solo su catre de cuero sino también su cuarto, y se retiró a un rancho. No oyó mis excusas, desatendió mi resistencia, y no hubo forma de hacerlo ceder en este punto.

Yo como no estaba aún bien acostumbrado, no obstante el que ya nos habíamos ensayado un poco en el viaje, hice tender mi colchón y descansamos bastante bien.

Junio 13 de 1815.

Muy temprano, así que vino el día, tuvimos en la casa al General que nos pilló en la cama, nos levantamos inmediatamente, dije misa y se trató del desayuno; pero este no fue ni de té ni de café, ni leche, ni huevos, porque no los había, ni menos el servicio correspondiente. Tampoco se sirvió mate, sino un gloriado, que era una especie de punche muy caliente con dos huevos batidos, que con mucho trabajo encontraron.

Se hizo un gran jarro, y por medio de una bombilla iba pasando de mano en mano, y no hubo otro recurso que acomodarnos a este espartanismo, a pesar del gran apetito por cosas más sólidas que tenía nuestro vientre, originado de unas aguas tan aperitivas y delicadas, no sirviendo nuestro desayuno sino para avivarlo más.

Yo estaba impaciente por concluir nuestra comisión, para bajar al puerto y registrar la costa del río, lo que no pude conseguir hasta después de la comida que fue enteramente parecida a la cena, con sólo haberle agregado unos bagres amarillos que se pescaron en el (río) Uruguay. Bajamos todos juntos al río...

En el puerto había unos ranchos que servían de cuerpo de guardia, y en uno de ellos estaban los Jefes de los cuerpos de Buenos Aires que sostenían a Alvear, y después de su caída fueron remitidos con una barra de grillos a la disposición de nuestro General, que los tenía en custodia con ánimo de devolverlos, como después se ha verificado; conducta que ha sido con justicia sumamente aplaudida por los buenos americanos, y que ha acabado de desengañarlos que nuestro Héroe no es una fiera ni un facineroso, como lo habían pintado con negros colores sus émulos o envidiosos de su gloria. *(Esta fue la ocasión en que el prócer pronunció las célebres palabras: "Artigas no es verdugo")*

Junio 14 de 1815.

En este día bajaron a tierra los Diputados de Buenos Aires, Pico y Dr. Rivarola, que nada pudieron tratar hasta no haberse concluido nuestra comisión.

Por la tarde llegó un Indio de Misiones, capitán de aquellas milicias, con pliegos en que avisaba la retirada de los Paraguayos hasta Candelaria; pedían municiones y armas, que se les dieron (...)"